





RAPSODIAS

Obras de Francisco Villaespesa.

POESÍAS

- «Intimidades» (tercera edición) agotada.
- «Flores de almendro» (segunda edición) idem.
- «Luchas» (tercera edición) idem.
- «Confidencias» (edición única) idem.
- «La copa del Rey de Thule» (segunda edición) 2 ptas.
- «El alto de los bohemios» agotada.
- «Rapsodias».

EN PRENSA

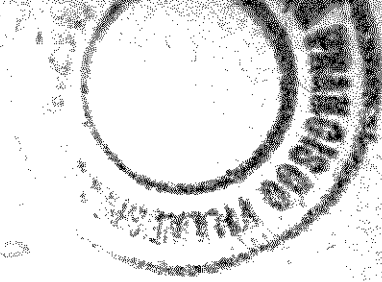
- «Orfeo» (poesías).
- «La hermana» (novela).

EN PREPARACIÓN

- «Tristitie Rerum» (poesías).
- «Vida y Arte» (críticas).
- «Astarté» (novela).
- «Para los humildes» (cuentos).
- «César Borgia» (poema dramático).
- Intermezzo «La Quimera» (traducciones de Gabriel D'Annunzio).
- «Poesías escogidas» (traducciones de Eugenio de Castro).

R/6003

PL-R-166



FRANCISCO VILLAESPESA—OBRAS



RAPSODIAS

(POESÍAS)

MADRID

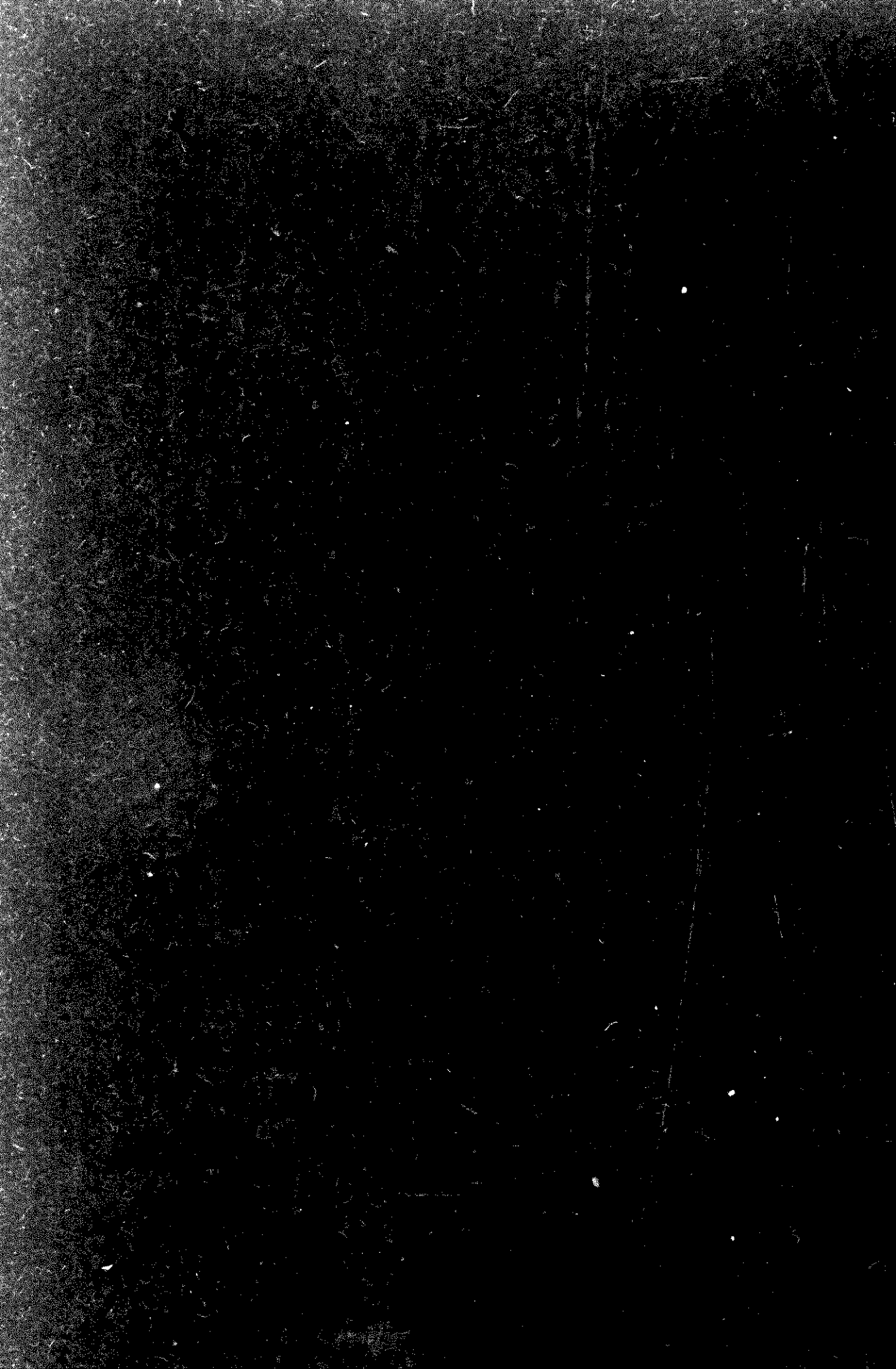
IMP. DE VALERO DIAZ

Preciados, 32, y Madera, 5 y 7

1905

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA



DEDICATORIA

Á CARMEN NEVADO

En esas horas íntimas de gran recogimiento,
cuando escuchamos hasta girar agonizante,
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,
el corazón sentimos temblar aprisionado
con un latir medroso de pájaro asustado
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más ténue, el son más fugitivo,
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice á mi oído, con voz muy baja: ¡Escribe!
y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos.

Mérida, Agosto 1904.

LAS NIÑAS GRISES

Á AUGUSTO DE CASTRO

El sol apagaba sus rojos fulgores
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
á la tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales...
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen...
Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren,

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran los ojos dolientes
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron...
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor. ¡Quién sabe
si son nuestras hijas ó nuestras hermanas?...

El eco del *Angelus* resuena á lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

Madrid, Mayo 1903



MEDIODÍA

Á MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...
Humean los montes
entre la calina
de sol. Una hoguera
de polvo es el llano...
El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina.

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta!
Arido paisaje
sin sombras ni viento...
Sólo algún perdido
árbol retorcido
dobla su ramaje
seco y polvoriento.

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo.
La cigarra canta
su monotonía...

Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
—sola en el camino—
con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa,
la fresca y umbrosa
presa del molino...

Ciegos horizontes...
Humean los montes
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...
El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina.

Madrid, Junio 1903



NOCTURNO

Á ENRICO CORRADINI

Una oración se eleva del jardín. En alguna senda, se apaga el eco de unos pasos distantes y de los negros árboles las sombras ondulantes, tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una escala monotóna de notas vacilantes, el surtidor aventa su polvo de diamantes, temblando bajo el pálido resplandor de la luna.

El alma solitaria de Chopin, de una mano enferma á las caricias, preludia en el piano los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora. La última luz se apaga, y en la selva sombría palpita la voz trémula de una fuente que llora.

Aranjuez, Diciembre 1902.

NIEVE

Á FRANCESCO PASTONCHI

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura.
Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...,
Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana
vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

La nevada, ciega...
Por aquel sendero
temerosa llega
la visión que espero.
Y sobre el paisaje
cubierto de bruma
se pierde y se estuma
lo blanco del traje.

FRANCISCO VILLAESPESA



Ni una brisa mueve
la yerta enramada.

La nieve
desciende callada
sobre la llanura.
Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

Aranjuez, Diciembre 1902.



LA CIUDAD MUERTA

A GUERRA, JUNQUEIRO

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la luna como un abandonado
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas.

Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas...

Ni una sombra,
ni una luz ni una queja.

El musgo crece en las ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

Silencio secular... ciudad sin vida...
Elegía de piedra
que llora el abandono de una raza,
que á Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta
que á la luna, como un abandonado
cementerio, blanquea!

Toledo, Septiembre 1904.

VENUS DE MILO

Á JOSÉ BUYLLA*

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados
el mármol de tu carne se extremece de frío.

¿Donde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Panida flauta en los bosques no invita
á danzar á los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza.
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas.

Porto, Agosto 1904.

LA FUENTE

Á ANGILOLO ORVIETO

Modula su queja
de cristal doliente,
la fuente...

Una fuente vieja
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ébria de frescura...

Habla el agua, gime,
rie vacilante...

—Voz del agua, dime
tu canción errante.—

La fuente se queja,
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando se aleja.

Nombres olvidados
de viejos amores;
lejanos rumores
de besos callados...
Todo eso que llora
fugaz é incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente...

Lo escucho en la queja
de cristal, doliente,
que gime la fuente...
Una fuente vieja
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ébria de frescura.

Madrid, Enero 1903

MISTICA

Á RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azuloso, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se extremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo y en el alma se siente,
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores del claustro. De rodillas escucha los clamores del órgano que entona responsos funerarios.

Y bendice á los monjes que en estas tardes puras cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas al pie de los inmóviles cipreses solitarios.

Granada, Junio 1904.



PAVANA

A JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...
Y ríman las casacas
bordadas con la seda
pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda
de luz de las arañas,
dentro de las floridas
cornucopias doradas,
ceremoniosamente
se refleja una vaga
inclinación de lentas
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

LA MUERTE DEL SÁTIRO

AL CONDE D' ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento, bajo una encina, un sátiro de rostro macilento, canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo las sombras fugitivas de algún presentimiento, y entre los dedos débiles el rústico instrumento sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música; vieja canción que evoca á aquel beso primero que arrebató á la boca de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso de la Muerte, y el último suspiro de su vida tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

Sevilla, Septiembre 1904.

GRANADA

A ANTONIO PATRICIO

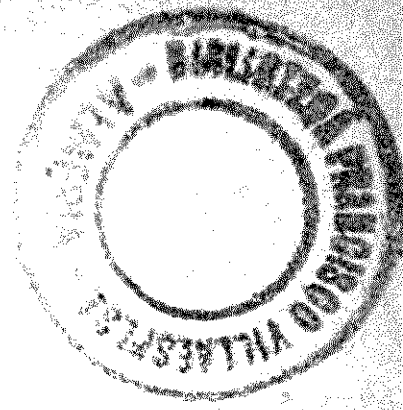
Humana grandeza,
orgullo, belleza,
poder, sentimiento...
todo, todo es viento,
humo que se vá!...

En los viejos muros,
con trazos seguros
un día lejano
lo esculpió una mano
que ni polvo es ya...

Lo saben las flores
y los ruiseñores.
El ciprés lo siente;
lo dice la fuente:
¡No hay más Dios que Alah!

¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres... Nada...
Granada es Granada,...
siempre lo será!

Lo saben las flores
y los ruiseñores.
El ciprés lo siente;
lo dice la fuente:
¡No hay más dios que Alah!



LA CANCIÓN DE LA VIDA

Á JUAN HÉCTOR

El eco melancólico de mi canción doliente
ahora, no hará que inclines la pensativa frente
sobre el devocionario de las meditaciones.
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales,
los espejos reflejan paisajes orientales;

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas que, aleteando, quieren alzar el vuelo
para cantar la vida bajo el azul del cielo.

En el aire hay caricias. La campiña está en fiesta,
un incendio de púrpura llamea en la floresta;

y revoloteando en las torres vecinas
parece que me hablan de amor, las golondrinas.

¡Abandona, poeta, castillos medioevales
donde, encantadas, sueñan princesas ideales:

ojos sin sol, de vidrio; mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas!...

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un *fru-fru* de encajes y seda que se aleja,

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia.

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente!... Esa desconocida
que el azar á tus brazos ha arrojado, es la vida.

Mañana será otra, igual ó diferente,
morena, rubia ó pálida, insensible ó ardiente...

Será acaso más bella, quizá será más loca...
¡darás el mismo beso, aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate. Es un festín la vida.

Sonríe eternamente—es un sabio consejo—
al placer como un niño y al dolor como un viejo.

El sol como una inmensa y lúbrica mirada
incendia en un relámpago de luz á la enramada.

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento
y se besan los árboles, á los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores...
¡Ven al jardín, aun quedan en los rosales flores!

¡Aun hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, dignos de recibir tu beso!

Sevilla, Septiembre, 1904

¡PIETÁ, SIGNOR!

A FRANCESCO ROCCHI

¡Pietá, signor! la música
solloza.

¡Pietá, signor! murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Es el grito del náufrago
que undido entre las olas
su mano alza, buscando
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma
que gime temerosa
viéndose en el silencio
amenazada y sola...
¡Amada! Sé tú siempre
bondad, misericordia.
Arrodillada reza
por todos los que lloran,
por todos los que sufren,
por esas almas solas
que perseguidas buscan
un refugio en tu sombra!...
Ten siempre para ellas
la sonrisa en la boca....
Jamás la tierra verde
vuelva á tornarse roja.
El mundo entero sea
una familia sola.

¡Pietá, signor! la música
solloza.

¡Pietá, signor, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada al cielo
misericordia implora.

Mérida, Agosto 1904.





FANTASÍA MORISCA

Á ALFREDO MURGA

El reló encantado
retumba la uná.
Bajo el plateado
temblor de la luna
la fuente sonora
del patio, entretanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
su lóbrego encierro.
La feroz pupila
se revuelve inquieta...
A quien mira, mata...
La mano de hierro,
crispada aún, sujeta
la llave de plata.
Lenta el agua llora,
y la reina mora,
sola con su llanto,
espera el acero
del joven guerrero
que rompa el encanto.
Pálida y sumisa,
bajo una palmera,
con su peine de oro
y marfil, alisa
el negro tesoro
de su cabellera...

El reló encantado
retumba la una.
Bajo el plateado
temblor de la luna,
la fuente sonora
del patio, entretanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Córdoba, Julio 1904.



LA ABUELA

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento
de la anciana sonríe á un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,
recuerda al clavicordio un canto sonnoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta,
de una canción antigua los ecos olvidados...
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el umbral murmuran: ¡Callad!.. La abuela canta!

«¡Oh, mi amor, mi esperanza, en donde estás, en donde?»
parece que solloza la música severa...
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... No responde...
Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre la vieja clave...

Almería, Junio 1904.

LOS CIEGOS

Á MARIANO DE CÁVIA

Gime en los jardines
que deshoja el viento,
un largo lamento
de tristes violines.

Eco de congojas
que muere inconstante
entre el vacilante
temblor de las hojas.

Cruzan, tacteando,
los mendigos ciegos
el parque, ensayando
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas
suspiran, imploran...
Parece que lloran
olvidadas quejas.

Los ciegos caminan
trabajosamente.
Tropiezan; inclinan
la pálida frente;

y se alejan lentos
—los ojos clavados
en sus pensamientos—
por los encharcados

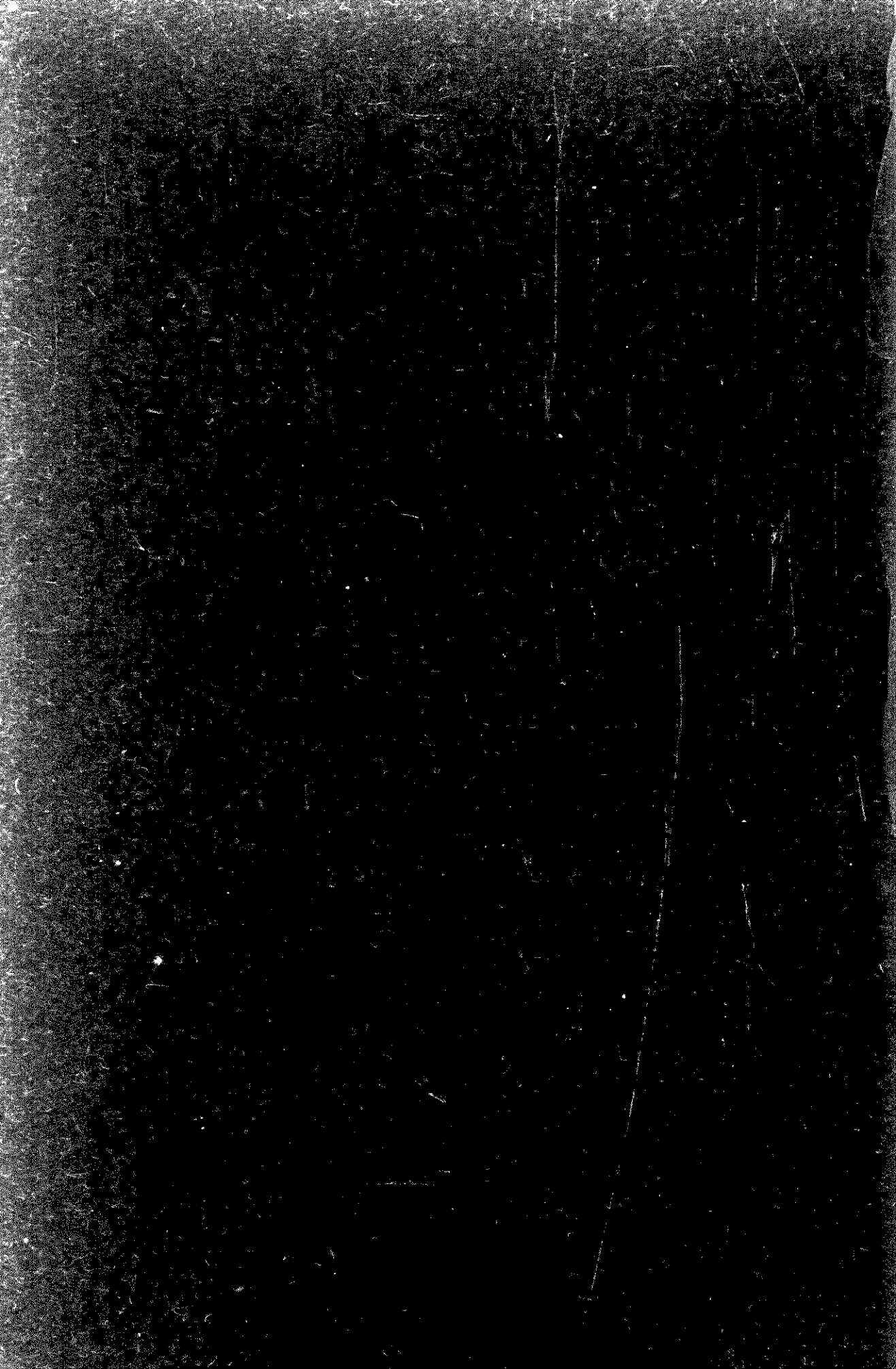
senderos, perdidos
en una quimera,
¡con el alma entera
puesta en los oídos!

Pasan los violines
su voz apagando,
y se van quedando
mudos los jardines.

A veces un lento
suspiro de pena,
lejano resuena
temblando en el viento...

Eco de congojas
que muere inconstante
entre el vacilante
temblor de las hojas.

Lisboa, Agosto 1904.



ÉGLOGA

A POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente
borbotea en el ánfora
de barro que se llena,
mientras la virgen, pálida,
su sien con mano tímida
ciñe de rocas blancas.

El sol fulge en el chorro
borboteante.

El ánfora
lentamente su trémulo
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía
estival caminaba
muerto de sed...

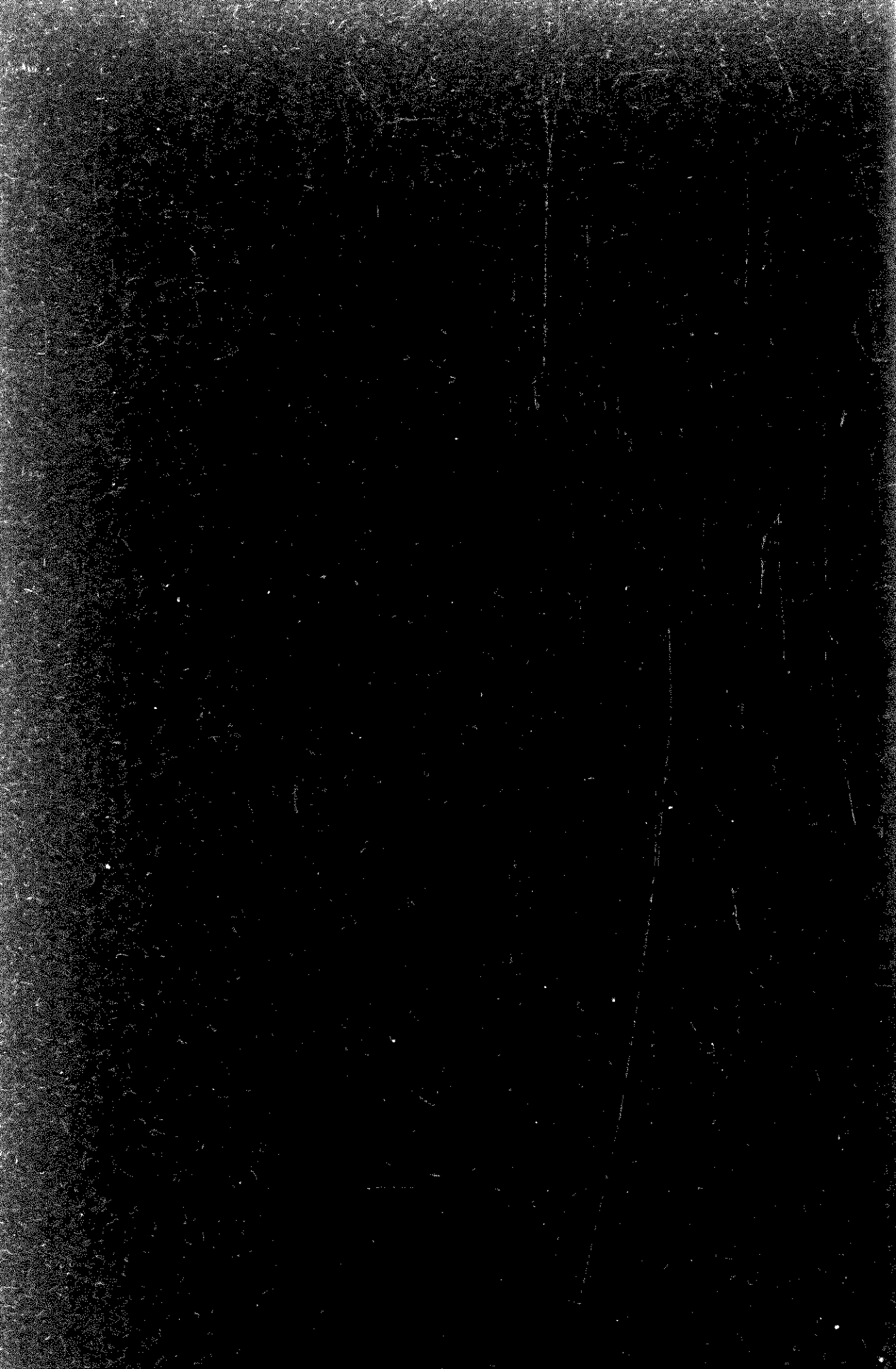
De pronto
sentí correr el agua,
y contemplé en la sombra
tranquila de las palmas,
la fuente que, al sol, era
cantar vivo de plata.

La virgen en su tímida
cadera apoyó el ánfora
y la acercó á mis labios,
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse
sus mejillas...

Temblaban
las manos, y su seno
entre la tibia gasa
de encaje como un preso
pájaro aleteaba.

Tetuan, Mayo 1904.



LA RUECA

Á JOLANDA

La virgen cantaba,
la dueña dormía...
La rueca giraba
loca de alegría.

—“¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!

¡Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura.
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡Gira, rueda loca,
gira, gira, gira!...
Su labio suspira
por besar mi boca!

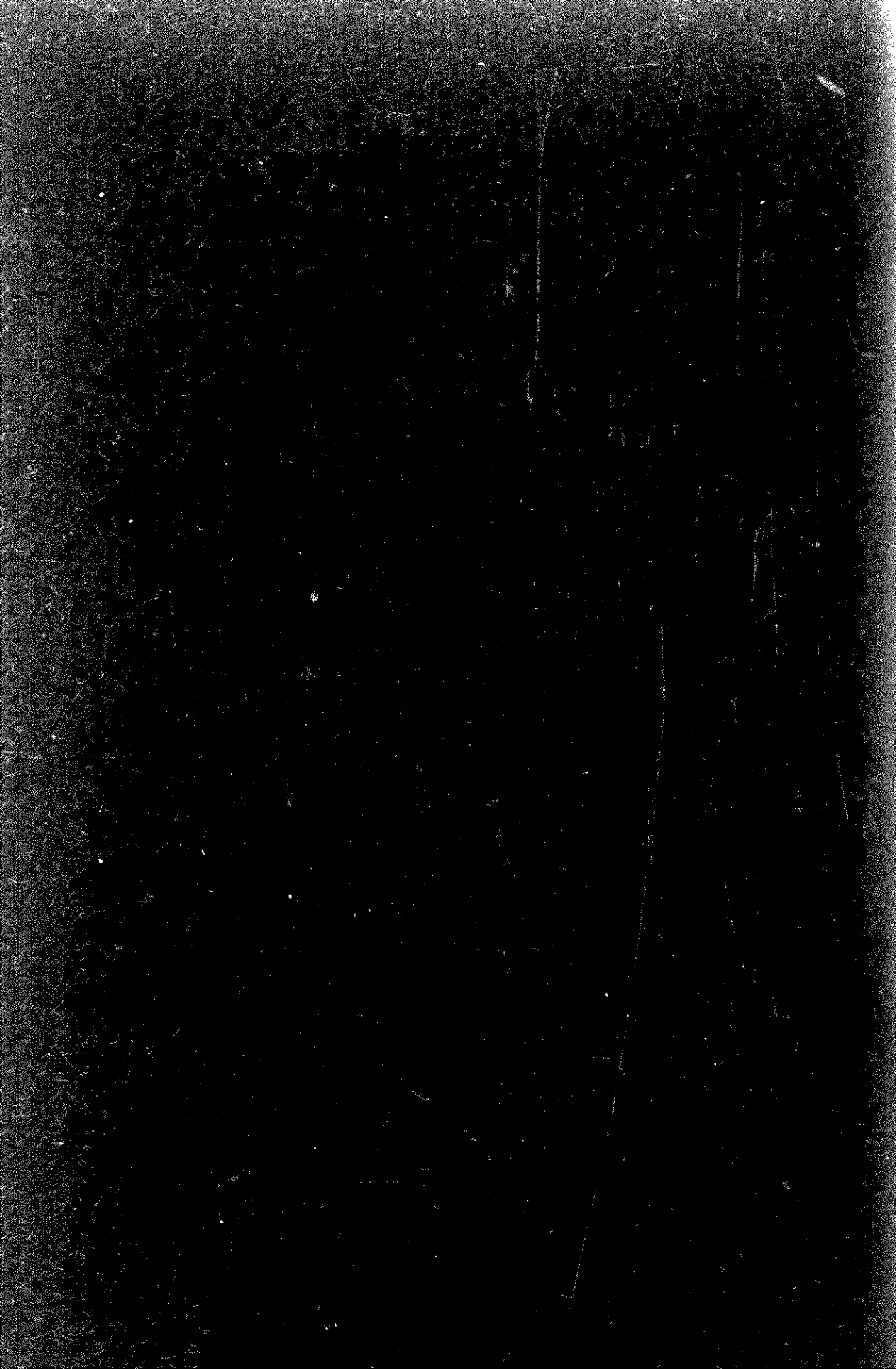
¡Gira, que mañana,
cuando al alba cante
la clara campana,
llegará mi amante!

¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!»

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca,
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

Madrid, Febrero 1903.



MYOSOTIS

À HENRIQUE DE MENDONÇA

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida,
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es la hora en que á la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos que dulce labio la ha pronunciado.
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida!

Porto, Agosto 1904



LA HERMANA

A BIANCA MARÍA CAMMARANO

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y á la golondrina,
que en sus rejas trina
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—

El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:
—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,

dejando una nube
de polvo en el viento.

Desde su ventana,
á la luna grita
mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
del crucificado,
dime en que sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—
La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
pase, vacilante
bajo tu ventana;

y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
—Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

Tánger, Julio, 1904

SAMARITANA

A EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano! La blanca casa abierta
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero
se hunden las polvorientas sandalias del viajero

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo, la tarde, tu pequeño
jardín, todo aparece como á través de un sueño,
en el que tú, sentada al borde del camino,
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino
que, apoyado en su báculo, lentamente camina
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo: ¡Entrad hombre piadoso!
Entrad! Bajo mi techo encontraréis reposo.

Con bálsamos de Arabia, con preciados unguentos
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos.

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:

«¡Entra, Amado... Te espera en su lecho, la Esposa!»

.....

Ya jamás volveremos á encontrarnos! Romero
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero
por esa laberíntica senda larga y obscura
de la que no se vuelve jamás.

Una locura

me lleva de la mano, y me canta al oído
para dormir mis penas, la canción del olvido.

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía...

Una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, á la luz de la aurora,
al verme de camino, en la ventana llora...

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que, mientras en los mares la luz del sol declina,
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina...

Acaso tú, sentada al borde del sendero,
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquél pálido y extraño peregrino
cuya larga silueta, más que ninguna triste,
lentamente, á las luces de la mañana, viste
borrarse entre las nubes de polvo del camino...

Tánger, Junio 1904.

LA CITA

Á LUIS BÁRREDA

En la tranquila alcoba perfumada,
aun la lampara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presiente en la sombra la mirada,
y el corazón espera, palpitante,
desfallecer de amor, en el amante
abrazo anunciador de tu llegada

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano
que llama—toda trémula—á mi puerta.

Almería, Abril 1902.



SCHERZO

Á SEBASTIAO RAMALHO ORTIGAO

Junto á la dudosa
lámpara, te espero
leyendo...

Una rosa
muere en un florero.

Llueve...

Lentamente
desfilan las horas...
¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta...
Aun sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano...

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aún conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.
.....

La clara y fulgente
luz de la mañana

brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita...

Madrid, Marzo 1903.



EL JARDIN TRÁGICO

Á ISAAC MUÑOZ

El silencio es tan hondo, la luz es tan bermeja,
tán trágica pavora gravita en el ambiente,
que el alma desolada y temerosa, siente
anhelos de llamar á alguien que nos proteja.

Hasta la voz del agua muere en los surtidores.
Un eco—que es un grito de agonía—nos nombra;
y los arboles tiemblan al soplo de esa sombra
á cuyo paso sécanse las almas y las flores.

¡Oh jardín tenebroso, término del camino,
impenetrable y mudo lo mismo que el Destino,
en tí muere el recuerdo, el amor, la esperanza!...

El silencio sentencia: Lo que ha sido será.
Tu vida es una sombra de una sombra, que avanza
sin saber donde viene, sin saber donde vá!

Alhambra, Septiembre 1901.

PERFUME DE OTOÑO

Á ALFREDO BLANCO

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume*
de rosas marchitas.

La enferma, sentada
al balcón, se mira
las pálidas manos
exangües y finas.

Y al sol, en la nieve
de los dedos, brilla
el rubí de una
dorada sortija.

Florece en sus labios
amarga sonrisa;
y una leve lágrima
tiembla y se desliza
lenta por las pálidas
y enfermas mejillas.

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas...

Cascaes, Agosto 1904.



ANGELUS

Á LUIGI CAPUANA

Algunas vidrieras se ven iluminadas.
Humean los hogares. A lo lejos suspira
una tímida flauta, y en el aire se aspira
un húmedo perfume de rosas deshojadas.

El cárdeno horizonte va apagando su hoguera.
Una trémula hoja desciende, lenta, al suelo...
¡Va á recoger el Angel, para elevarla al cielo,
de la tarde que muere la plegaria postrera!

La luz se va... En las sombras del callado aposento
aletea un murciélago, como un presentimiento
rozando nuestra frente... Una inmensa amargura

el corazón oprime, y en tan solemne hora
la voz de la campana parece que murmura:
Un alma sube al cielo! Alguien se ha muerto!... ;Llora!

Quinta das Lagrimas (Coimbra), Septiembre 1904.

FLOR DE OTOÑO

Á FELIPE TRIGO

Cuando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes á la luz dorada,
fatigado y triste, sobre la almohada,
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando á abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo á la tierra se inclina ligero;
y eres una efimera flor de invernadero
que tan sólo vives á fuerza de cuido.

Es m' s transparente cada vez tu mano,
más amarillenta tu faz demacrada;
y tu voz, suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto...
Nostalgias de antiguas primaveras sientes;
y tus negros ojos, profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran un muerto...

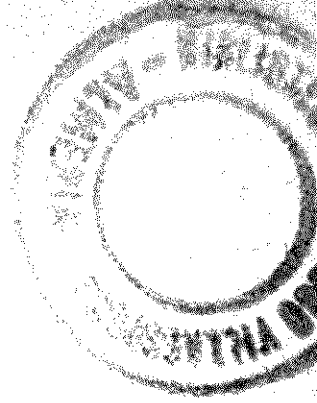
Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja;
y el eco angustioso de tu tós semeja
un golpe de azada, cavando una fosa.

Vestida de blanco te pierdes, como una
quimera de nieve, por la noche en calma,
como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna.

Y los caminantes exclaman, al verte
subir de mi brazo la agreste vereda:
—¡Pobre flor de Otoño, que poco le queda!...
¡Lleva ya en la cara grabada la muerte!

El Pardo, Abril 1903.





AL VOLVER Á LA ALDEA

Á LEOPOLDO ALAS

¿Quién no se ha estremecido, al volver un sendero,
regresando á su aldea tras un largo viaje,
oyendo en el silencio sepulcral del paisaje
cruzar de las campanas el doble plañidero?

Se piensa, con el alma aterida de frío,
en alguna persona querida y delicada;
y contemplar tememos la familia enlutada
y en la materna mesa un asiento vacío.

Y, cuando, jadeantes, á nuestro hogar llegamos,
á los que nos abrazan, llorando, preguntamos:
—¿Quién murió? Indiferente, alguien dice:—Fulana.

Y pensamos, entonces, con pena y simpatía
en aquel rostro pálido que vimos cierto día
sonreirnos, bordando, detrás de una ventana.

Sierra de la Alpujarra, Agosto 1903.

HOJAS SECAS

Á GABRIEL MIRÓ

El jardín desierto,
húmedo...

Las sendas
encharcadas...

Flotan
girones de niebla...

El parque está solo...
La fuente se queja.
Y olvidado sobre
un banco de piedra

se deshoja un ramo
de rosas.

La tierra
aterida y húmeda
parece una muerta
que en la sepultura
á pudrirse empieza...

La vida es fatiga,
lágrimas, tristezas...
ojos que se abren
y ojos que se cierran...

Con las pobres almas
lento el viento juega:
las lleva y las trae
igual que hojas secas!

PAISAJE DE ENSUEÑO

Á PEDRO DE RÉPIDE CORNARO

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda
y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume á los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano.
Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
Ni el aliento más ténue, ni el rumor más pequeño.

No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que al contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño.

Lisboa, Agosto 1904.



CREPÚSCULO

Á ADELAIDE BERNARDINI

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras, ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

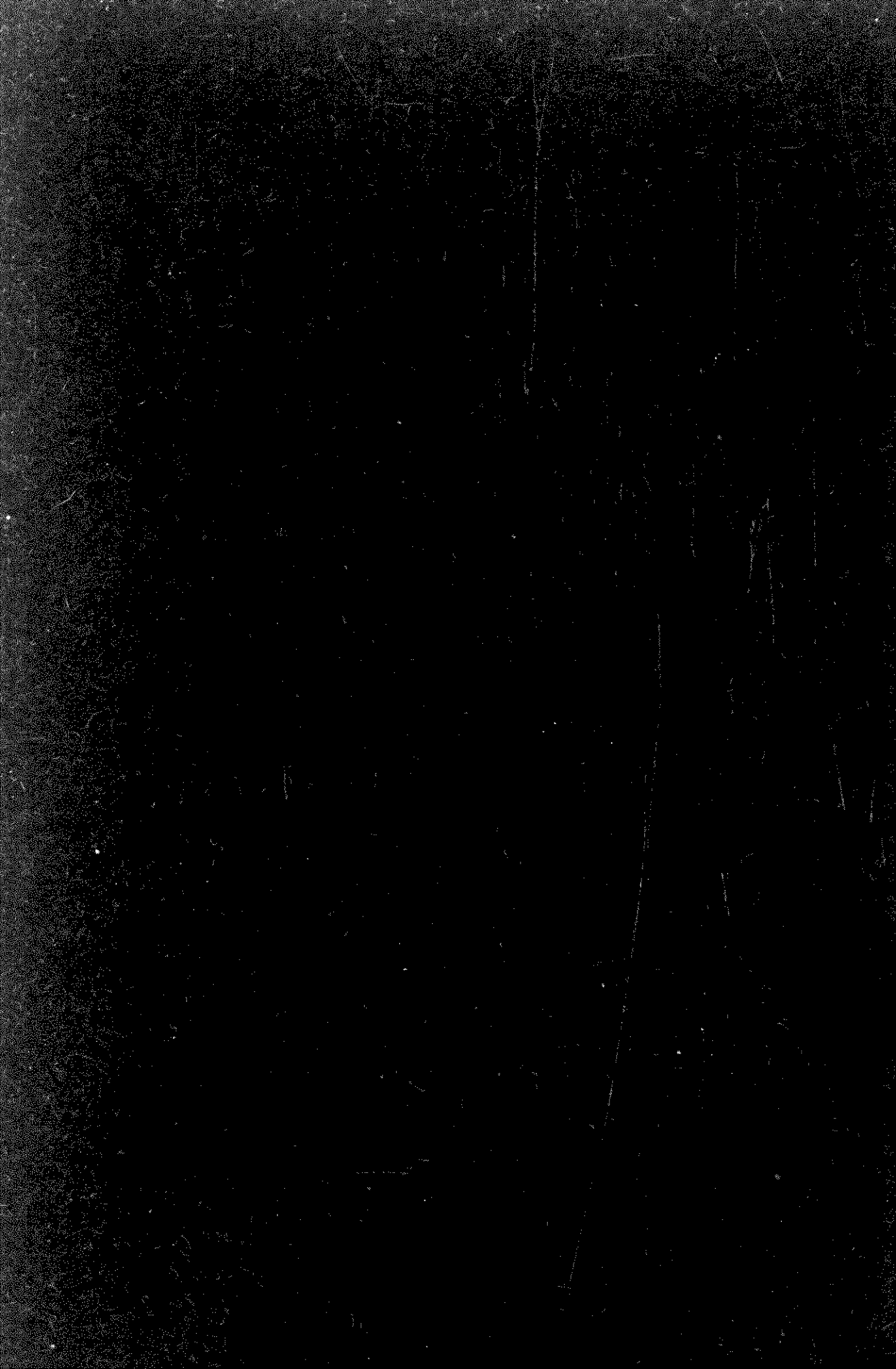
Yo siento una tristeza
infinita y huraña,
recordando la cuna
de los niños, ... la caja
donde el último sueño
duerme la vida humana.

Ella, el triste crepúsculo
contempla, muda y pálida.
Y ténue el viento mueve
lentamente las páginas
de un libro, que, olvidado
yace sobre su falda.

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria

de humo, mientras, ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

Madrid, Octubre 1902.



LA CANCIÓN DEL REGRESO

A ABEL BOTELHO

La luz alborea...

Entre húmedas rosas
la casa blanquea...

Por sendas brumosas
se esfuman borrosas
siluetas.

Resuenan
confusos rumores
de voces lejanas...

Metálicas suenan
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende
un rebaño.

Hiende
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando
los zarzales en flor del camino...

Canta una voz tímida y una niña llora
entre el polvoroso frescor del molino...

Detente, viajero!
Sacude tus viejas sandalias gastadas
en las piedras de tanto sendero
y entre el polvo de tantas jornadas!

Estás en tu valle. Contempla á lo lejos
de la aurora á los claros reflejos,
humeando, tu hogar, entre flores...

¿No llega á tu oído,
en la brisa, un cantar conocido
que te evoca remotos amores?

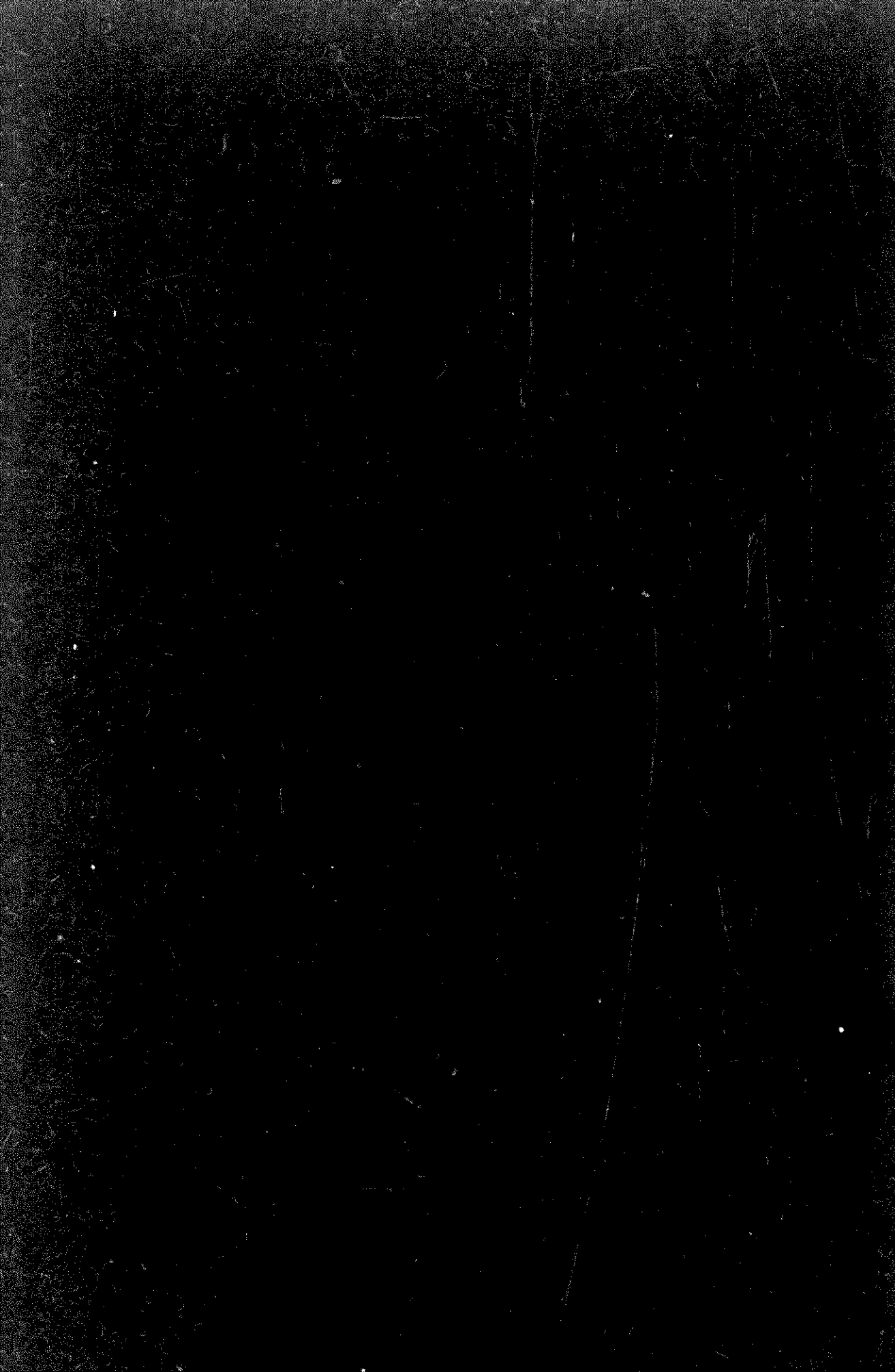
Al mirarte cruzar la llanura
el labriego su paso detiene...
Te saluda y, muy quedo, murmura:
—¡Qué delgado y qué pálido viene!

.....

La casa despierta...

Abierta
se ve una ventana...

Y entre los doseles
de la enredadera,
una mano de nieve, ligera,
riega un tiesto de rojos claveles.



LA CASA MUERTA

Á FRANCISCO VILLAGÓMEZ

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa

Está desierta...

Sobre

la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada...

Está ya muerta

Nadie

se asoma á las ventanas...

¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!...

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo á la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...

¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved á vuestras tumbas solitarias!

El escudo de piedra han arrancado
manos pebleyas, y plebeyas plantas

profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y á la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas!

Sierra de la Alpujarra, Noviembre 1903.



ÍNTIMA

A TRINDADE COELHO

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
penetra tembloroso un rayo de la luna,
envolviendo la estancia melancólica, en una
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
vuela una ténue esencia, un perfume bendito
que recuerda aquel vago perfume favorito
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más ténue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

á la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente á la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

Laujar, Septiembre 1903.

PÁGINA BLANCA

Á JUSTINO DE MONTALVAO

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva.

A través del velo
que en el aire tiembla
de espuma y de encajes
son las arboledas.

Y los copos trémulos
al caer, semejan
lluvia de azahares,
mariposas muertas.

Las voces se apagan...
Tienen la incoherencia
de palabras dichas
entre sueños.

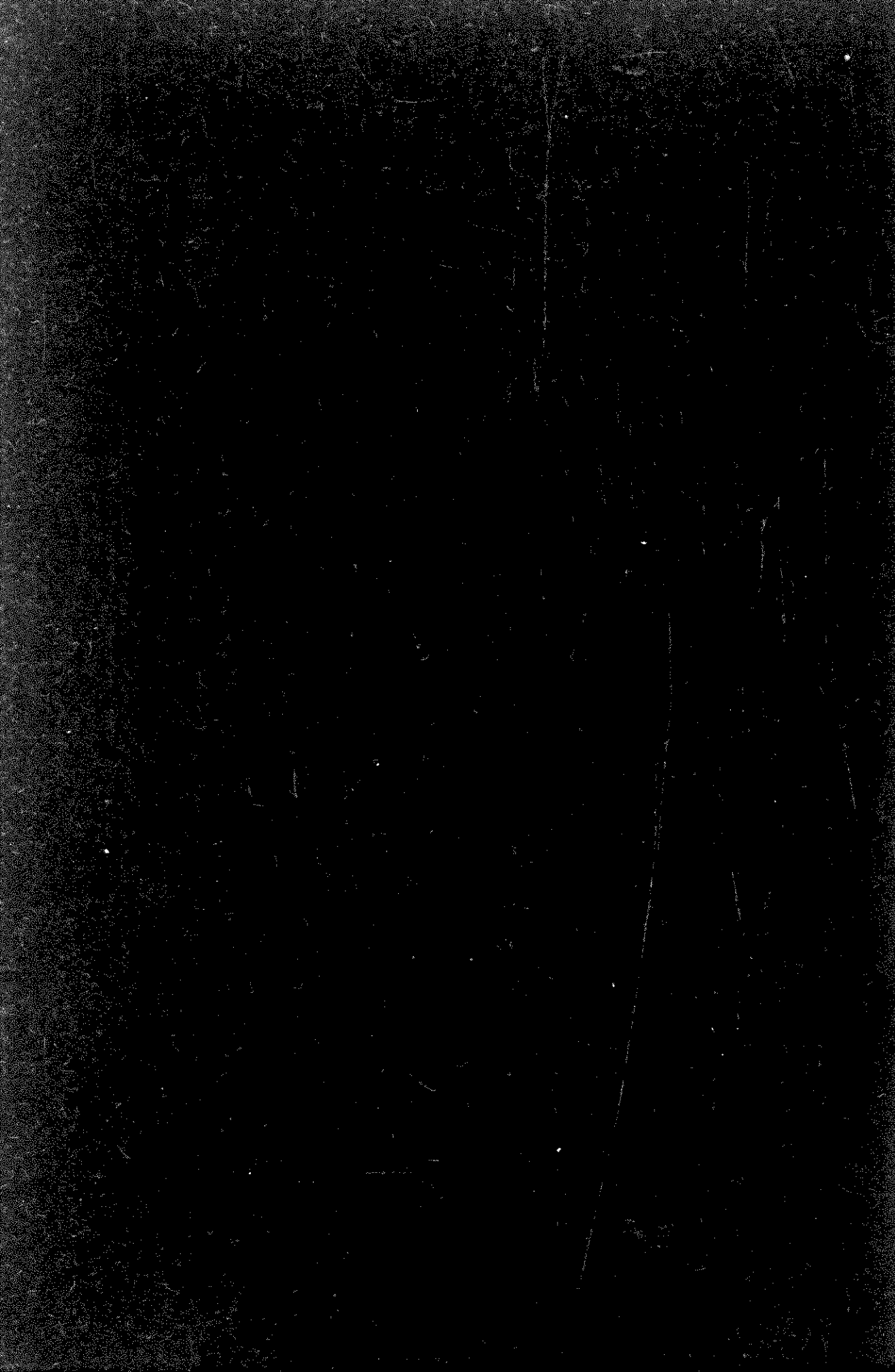
Ciega
el paisaje.

El alma
de blancura enferma,
se duerme en un sueño
de eterna pureza...

¡Oh, cándidas frentes
de azahar cubiertas!...

La tarde agoniza...
¡Parece la tierra
—bajo la nevada—
una novia muerta!

Laujar, Diciembre 1903.



ROMANZA SIN PALABRAS

A JULIO CAMBA

En horas de silencio, una voz desterrada
de la vida resuena sin cesar en mi oído,
y oyéndola se queda mi corazón dormido
y el alma en un ensueño de amores encantada .

Es una voz antigua, de besos perfumada,
oración sin palabras, música sin sonido,
que repite en mi espíritu, como un eco perdido,
la ternura infinita de aquella voz amada . . .

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...
Sólo sé que de ella, mi amor piedad espera;

que és tan suave y dulce, tan tierna y dolorida
que la escucho, llorando, y oyéndola quisiera
cerrar eternamente los ojos á la vida.

Lisboa, Agosto 1907.



OTOÑO

Á MARCELINO MEZQUITA

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el cercano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando
de golondrinas...

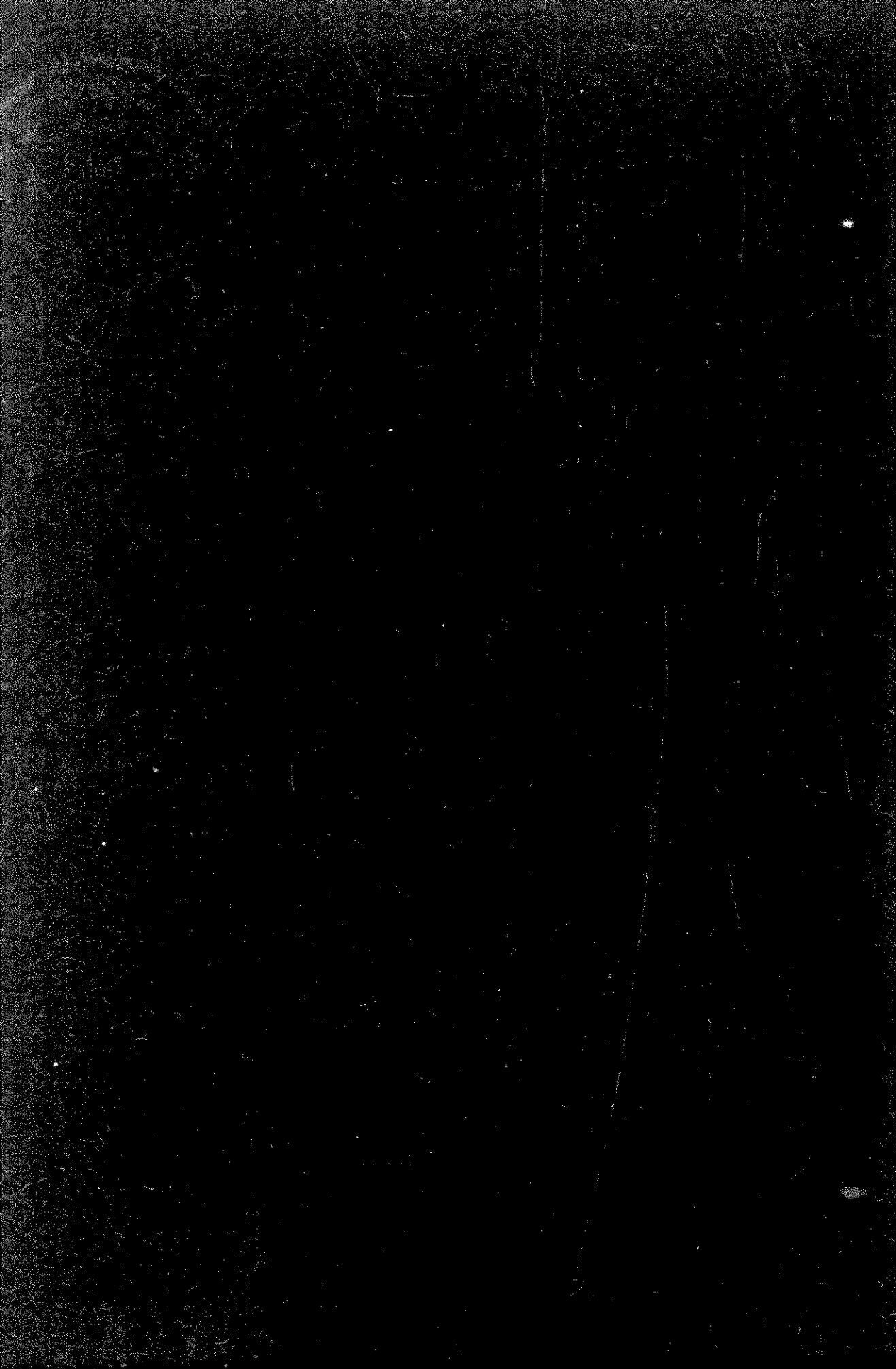
Muere
sobre tu seno un ramo
de jazmines...

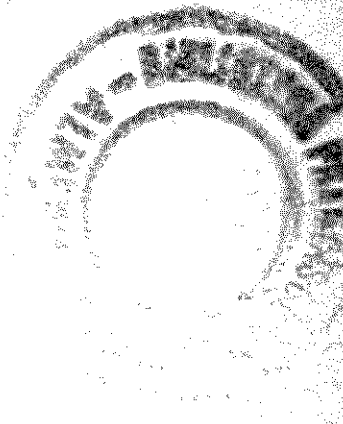
Se extingue
por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo
humilde y temeroso,
de sol poniente, entrando
por el balcón enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,
Chopín en tu piano...

Córdoba, Octubre 1902.





ROSA DEL CAMINO

A LEÓN COCA

Es una noche eterna tu destino.
El sendero ha borrado la nevada.
No arde un astro, ni alienta tu jornada
la clara luz de algún mesón vecino.

Silencio y soledad en tu camino.
Nadie al final espera tu llegada...
¡Sobre la tierra de los hombres, nada
alegrará tus ojos, peregrino!

¡Oh, divina ilusión! Cruzaste un día
del brazo de una amante compañía
una senda florida y luminosa...

¿Ensueño ó realidad? dí, pasajero...
El eco dice: Sólo fué una rosa
que aspiraste á la vuelta de un sendero.

Tetuán, Junio, 1904.

SOMBRA

A AUGUSTO GIL

En las horas más tristes
de la vida, te siento
acercar á mi oído
tus suaves labios trémulos,
y decirme, tan bajo
como en un pensamiento:

—«¡La hora ha sonado... Espera...
Ya se acerca...

La veo

alzar en la llanura
su humareda de incienso.

Deshojan sus sandalias
los rosales del huerto...

Desempolva su túnica
los antiguos espejos,
y se acerca, á besarte,
con los brazos abiertos!»

Y al levantar la vista
siento como un pequeño
rumor de seda que huye,
y miro en el espejo
esfumarse su sombra
igual que un pensamiento.

AURORA TRISTE

Á ALEJANDRO SAWA

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana, trina
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas, y las ventanas todas
sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...
¿Un poeta que escribe canciones á su amada
ó una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando, va á extinguirse.

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse.

Laujar, Septiembre 1903.

SOLEDAD

Á CARLOS MALHEIRO DÍAS

La luz verde, al filtrarse
por la persiana abierta,
daba al salón un húmedo
reflejo de caverna.

Yo solo...

Sonreía
á una esperanza vieja
que siempre en la penumbra
de algún rincón me acecha

para brindarme el fruto
de alguna dicha nueva...

Y le dije á la sombra:
—¿Por qué lejos? Acerca
tus labios á mi oído
y háblame, bajo, de ella...
¡tan bajo que ni el viento
averiguarlo pueda!—

En la estancia vecina
despertaron las teclas,
y su doliente música
me evocó la tristeza
de los niños que lloran
por cojer una estrella...

El Pardo, Septiembre 1902.

INTERIOR

Á ALFONSO LÓPES VIEIRA

Aquí el sillón donde bordar solía
de las noches de invierno en la velada.
La frente entre las manos apoyada,
yo á la luz de la lámpara, leía.

Cansado, la lectura interrumpía
y, sonriendo, alzaba la mirada...
Ella á veces, mirándome extasiada,
—la aguja entre los dedos—sonreía.

Ahora también parece que la espera
el vacío sillón, allá en la sombra.
La lectura interrumpo... El alma entera

palpita de impaciencia en mis oídos,
esperando sentir sobre la alfombra
el ligero rumor de sus vestidos.

Laujar, Diciembre 1903.

TRISTITIÆ RERUM

Á GUGLIELMO FELICE-DAMIANI

A través del paisaje que la lluvia desluce
pasa una lenta vaca.

Un niño la conduce

al establo.

La bestia su alta cerviz levanta...

Muge maternalmente.

El zagal rie y canta.

Los ojos de la vaca reflejan la tristeza
del otoñal crepúsculo que á declinar empieza.

Los del niño los sueños de un alba color rosa . . .

Entre las vagas nieblas de la tarde lluviosa,

de la pesada esquila al son ronco y doliente,
camino de la aldea se alejan lentamente,

á su paso dejando en el aire sereno

un eco de amargura y un fresco olor á heno . . .

La luz se va . . .

El confuso paisaje se obscurece.

Un rumor de hojas secas el silencio extremece.

Una campana tañe en la iglesia vecina . . .

A lo lejos un carro quejumbroso rechina,

dejando ver á veces, en las veredas solas

temblar, sobre los charcos, la luz de sus farolas . . .

Encendamos la pipa.

¡Alegre tabernera

que eres en este Otoño como una Primavera

de ensueños florecientes y de inmortal fragancia,
en mi vaso, de nuevo, tu rojo vino escancia!

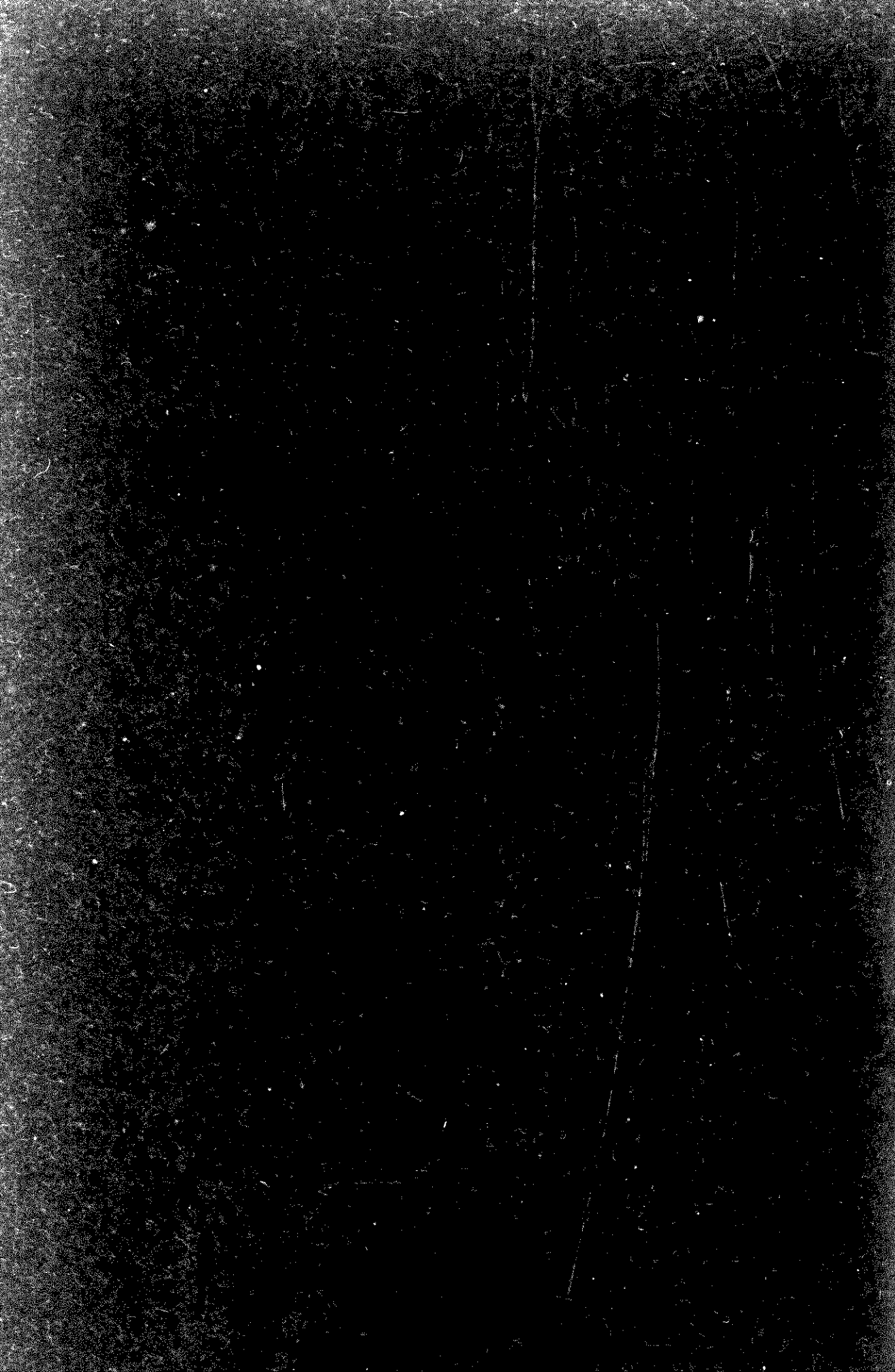
Cesó el viento... No llueve... El silencio es profundo.
¡Parece que, cansado, de llorar, duerme el mundo!

Ya á través del borroso cristal no se ve nada...
¡Errante peregrino, descansa en tu jornada!

Es hora de que olvides que ya nadie te espera,
que no hay ojos que velen tras una vidriera

por tí, que ya no tienes en la senda sombría
de tu Otoño, ni un dulce labio que te sonría...

Villa do Conde, 1904.



NOSTALGIA

À JACINTO DE GRAU

¡Todo se halla lo mismo! La almohada
donde inclinó la moribunda frente,
allá en el fondo de la alcoba, siente
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada
que reflejó su palidez doliente,
mañana ha de copiar, indiferente,
de alguna nueva amante la llegada.

¡Nadie se acuerda de la pobre muerta!
Sólo cuando la luz solar espira
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano
parece que, nostálgico, suspira
buscando las caricias de su mano.

Laujar, Julio 1904.

LA ELEGIA DE LA CASA

À LUIS HUERTOS

Sin ella ¡qué triste
está nuestra casa!

La sonrisa ha huido
de los labios...

Lágrimas,

suspiros, sollozos,
las puertas cerradas...

¡Parece un sepulcro
nuestra vieja casa!

Cuando nos sentamos
á la mesa, pálidas
las tristes mejillas,
los ojos con lágrimas,
al mirar su asiento
vacío, en voz baja
todos sollozamos:
—¡Allí se sentaba!...

Silencioso, á veces
penetro en su estancia,
creyendo que en ella
soñando me aguarda,
sonriente el labio,
las manos cruzadas,

y la cabellera
negra destrenzada
sobre la blancura
de las almohadas.

Del clave las viejas
teclas empolvadas
aun las tenues huellas
de sus dedos guardan;
y un libro de versos
conserva en sus páginas,
el triste perfume
de su última lágrima

A veces, la niña
llorando la llama.

La busca en la alcoba
donde ella bordaba,

y me balbucea
con su rota charla:

—Mamá se ha escondido...
¡Díle tú que salga!...

Sin ella ¡qué triste
está nuestra casa!

Laujar, Marzo 1904.



ELEGÍA

Á HERACLIO PÉREZ PLACER

Yo con mis propias manos temblorosas
de un humilde sayal de penitente,
vestí su cuerpo y la cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente,
cruce sus manos pálidas...

Gemía

en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:

—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Murió tu amor en plena primavera
entre luces y cánticos y flores;
y ha muerto cuando era
del rojo sol de Junio á los fulgores,
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano
cruzaba lento y sórdido.

Gemía
de Schuber la inmortal melancolía
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas
temblaban en el viento, y de la estancia
perfumaba el sopor una fragancia
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera
asomando la faz llena de espanto,

á otros le dijo, con la voz de llanto:
—Mirarla muerta... ¡Qué bonita era!

Todos se fueron.

Sin cesar gemía
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza:
—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Laujar, Febrero 1901.

VOZ MUERTA

Á LEANDRO RIVERA

¡Adiós! me decía
su boca entreabierta,
buscando la mía,

Y una voz incierta
que apenas se oía:
¡Adiós! repetía.

Sobre la almohada
la faz demacrada
y amarilla, era
de cera . . .

Su mano, ya fría,
crispada, insensible,
cojida á la mía,
como si quisiera
que la defendiera
contra lo invisible.

Pálida é inerte
ya no respiraba...

En la calle aullaba
un perro á la muerte.

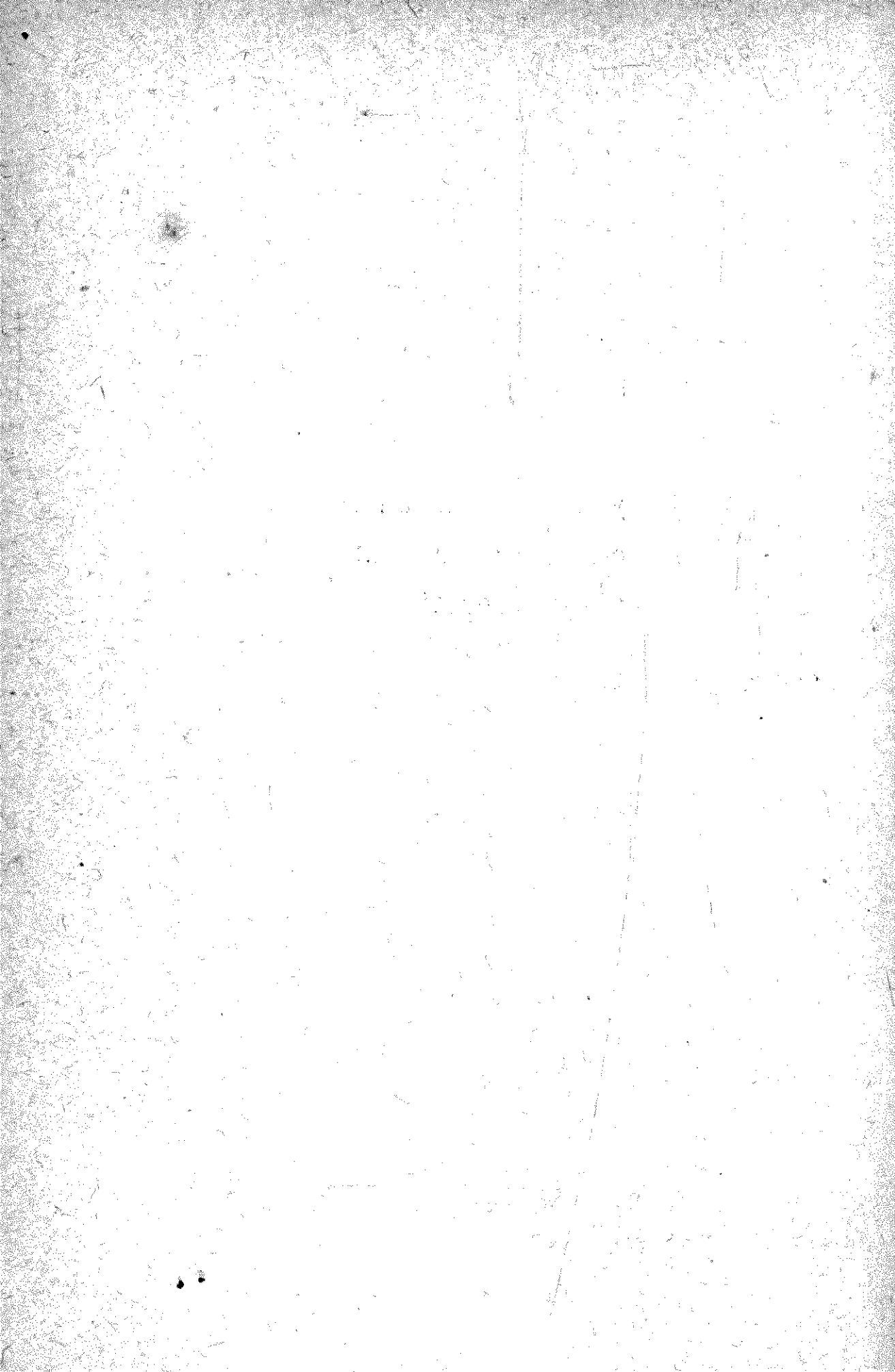
Sus ojos abiertos
mis besos cerraron...

¡Pobres ojos muertos
que tanto lloraron!

¡Adiós! aun gemía
su boca entreabierta
buscando la mía;

y una voz ya muerta
que apenas se oía:
¡Adiós! repetía.

Laujar, Agosto 1903.



OCCEANO

A JUAN BAUTISTA AMORÓS

Todo ha muerto, alma mía...
Otra vez estás sola...

Cálzate las sandalias, peregrino.
Empuña tu bordón.

En la remota
iglesia, una campana está doblando...
En el trémulo Oriente el alba asoma.

Vuelve al camino gris...
Vuelve la tierra
ágrica á pisar...
Vuelve en la noche lóbrega,

de algún mesón á golpear las puert^{as}
con tu p^álida mano temerosa...

Camina...

Un solo instante
has dormido á la sombra
de un naranjo florido, sobre el seno
de una p^údica virgen soñadora.

Un instante no más, tu sed de besos
has saciado en su boca
sonriente...

Un instante entre tus manos
retuviste sus manos temblorosas...

Y un instante, á los rayos de la luna,
por las fragantes sendas silenciosas,
caminaron felices y olvidadas
y fundidas en una, vuestras sombras...

Todo ha muerto, alma mía...
Otra vez estás sola...

Vuelve de nuevo á caminar, buscando
las flores de una primavera ignota...

Los perros ladrarán cuando tu pases
en las tardes de Mayo rumorosas,
por las blancas aldeas, escondidas
entre verde misterio de las frondas...

Ya no tienes ni un palmo de terreno
donde dormir tus sueños...

De limosna
será el lecho que calme tus cansancios,
el agua que te dén y el pan que comas...

Y alguna tarde, en medio del desierto
ó en el claro del bosque, acaso oigas,
como un himno de triunfo y de esperanza
resonar para tí la última hora...

Todo ha muerto alma mía...

Otra vez estás sola...

Océano Atlántico. A bordo del «Cordillère», Agosto 1904.

TEDIO

Á FRANCISCO CAMBA

Persiguiendo mi sombra, en busca del olvido,
el monte, la llanura y el mar he atravesado.
Mis sandalias el polvo del camino han gastado,
y al viento y á la nieve mi cuerpo ha envejecido.

La boca que he besado, la fuente en que he bebido
al roce de mis labios sedientos, se han secado;
y tantos peregrinos cayeron á mi lado,
que no sé si he soñado vivir ó si he vivido.

A qué seguir? Hoy cifro mi espesanza postrera,
bajo este rosal mustio, en un sueño infinito,
ver cruzar de las manos las horas silenciosas,

con los ojos inmóviles, hasta la primavera
futura, en que mi cuerpo, como un rosal marchito,
resucite á la vida y se cubra de rosas.

Quinta das Lagrimas (Coimbra), Agosto 1904.

EN LA SOMBRA

A MODESTO PINEDA

¡Llegarás!...

Una noche
de invierno, larga y lenta,
oiré el golpe medroso
de tu mano en mi puerta,
mientras la luz agónica
de la lámpara tiembla.

Entrarás silenciosa
como un fantasma, envuelta

en el negro sudario
de las casas eternas;
y con voz sin palabras
murmurarás inquieta:

—«Prepárate...

La hora
de la marcha se acerca.

La última campanada
de las doce resuena,
y mis negros corceles
relinchan de impaciencia!»

¿Dónde iremos perdidos
en un mar de tinieblas?

¿De qué ciudad lejana
nos abrirán las puertas?

¿Florecerán las rosas
de alguna aurora nueva,
ó viajaremos siempre
por una noche eterna?

¡Responde, misteriosa,
negra sombra encubierta,
que tras de los cristales
de mi ventana, acechas
á que el postrer reflejo
de mi lámpara muera!

Tánger, Julio 1904.



TERMINUS

Á BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada.
¿Quién sabe, si al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido?

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra.
Y soy en la aridez de este desierto

el sueño de algún alma desterrada
que cansada de andar sobre la tierra
regresa á los misterios de la Nada.

Madrid Diciembre 1904.

FIN



